



Laia Perearnau

La pasadora



La
pasadora

Laia
Perearnau

Traducción de Rosa María Prats de la Iglesia

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1631

Título original: *La passadora*

© Laia Perearnau Colomer, 2024

© Columna edicions, Llibres i Comunicació, S.A.U.

© por la traducción del catalán, Rosa María Prats de la Iglesia, 2024

© Editorial Planeta, S. A., 2024

Ediciones Destino, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

www.edestino.es

La traducción de esta obra ha contado
con una ayuda del Institut Ramon Llull.

 **institut
ramon llull**
Lengua y cultura catalanas

Primera edición: febrero de 2024

ISBN: 978-84-233-6458-9

Depósito legal: B. 318-2024

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Rotoprint by Domingo, S. L.

Printed in Spain - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



I

*Kursk, Unión Soviética. Frente oriental de la guerra
23 de julio de 1943*

La granja se había convertido en un montón de escombros y todavía humeaba. A lo lejos se oían explosiones de la encarnizada batalla que rusos y alemanes estaban llevando al límite en los campos de trigo de Kursk, que una vez habían sido fértiles y donde ahora ardía hasta la última brizna de hierba. Los alemanes ya habían perdido Stalingrado y no podían permitirse otro fracaso, por eso luchaban a la desesperada, conscientes de que, si no ganaban aquel combate de tanques blindados, la guerra estaba perdida. En medio de los establos derrumbados se vislumbraban tres vacas aplastadas por unas vigas de madera de grandes proporciones. En el aire se mezclaban el hedor de descomposición de los animales, el polvo y el humo. Un batallón de soldados rusos apuntaba con sus rifles Mosin-Nagant a seis soldados alemanes que apenas se aguantaban en pie frente al muro que rodeaba la finca. Estos, llenos de sangre y de barro, lloriqueaban, rezaban e imploraban perdón; solo uno de ellos permanecía aparentemente tranquilo.

Era un hombre de veintitrés años, de mandíbula

valiente, que mantenía la mirada fija en el soldado ruso que tenía enfrente, un muchachito imberbe que probablemente solo pensaba en volver a casa y abrazar a su madre. El alemán se entretenía en observar la estrella roja con la hoz y el martillo de la gorra del chico, que chispeaba con el reflejo del sol, e incluso esbozó una leve sonrisa; le parecía irónico que, después de todo, un muchacho, que debía cuidar el ganado y trabajar en el campo como él mismo, pusiera fin a su vida. Una bomba chasqueó muy cerca y el suelo crujió justo cuando el capitán ruso a cargo de esa unidad cruzaba por la antigua puerta de la finca, ahora convertida en un amasijo de hierros. El hombre era de proporciones gigantescas, imponía con su andar pesado y la multitud de medallas y condecoraciones que lucía con orgullo en la solapa. Ordenó a sus hombres que se pusieran en situación y estos enseguida levantaron ligeramente las armas, preparados para disparar. A lo lejos se acercaban unos aviones que surcaban las nubes entre un enjambre de detonaciones. El soldado alemán cerró los ojos para realizar un último viaje a las montañas nevadas, en aquella habitación de hotel donde la luz de la mañana se filtraba a través de las cortinas de flores... El capitán lanzó un segundo grito y los soldados pusieron el dedo en el gatillo. El muchacho ruso tragó saliva y, claramente turbado, intentó detener sin éxito el temblor de las manos. El alemán levantó los ojos al cielo, convertido en un espectáculo apocalíptico provocado por el humo de las explosiones, los cerró, apretó los puños y susurró con voz rota:

—Sol.

2

Bescaran, Alt Urgell
Octubre de 1942

El rostro recortado de Greta Garbo la miraba con esa caída de ojos tan seductora. La chica había sacado la foto de una revista antigua y la tenía pegada a la pared, de un azul desvaído. Intentó imitar la pose frente al espejo, pero al cabo de un rato se cansó. Su cara chupada y ese color de piel no eran precisamente los de una estrella del cine. ¡Y qué decir del cabello! Se lo recogió con exasperación. Odiaba su pelo. Liso, negro, sin gracia. Y ese cuerpo, tan recio y poco femenino, sin las curvas de las chicas que hacían enloquecer a Errol Flynn y a todos aquellos galanes de las películas que tanto le gustaban. Frustrada, abrió la cómoda, el único mueble aparte de la cama, revolvió entre las medias y sacó un cigarrillo. Lo había cogido de la habitación de su hermano Ton cuando nadie la veía. Estaba nerviosa por la sensación de estar a punto de hacer algo prohibido. Se acercó al espejo de nuevo, encendió el pitillo e inhaló. Ahora sí, ya se parecía más a una diva, pensó satisfecha, aunque el hechizo se rompió cuando le sobrevino un ataque de tos. La chica se apresuró a abrir la ventana, tirar el cigarrillo

fuera e intentar ventilar el humo con las manos. Recordó que aún tenía mucho trabajo por hacer, así que volvió a cerrar la ventana, lanzó una última mirada triste a la Garbo y bajó las escaleras.

Al lado de la cocina había un cuarto oscuro y aireado donde colocaban los quesos en estanterías y, uno a uno, los fue frotando con sal por toda la superficie y volvió a dejarlos en su sitio. De ese modo iban ganando en sabor y firmeza. Antes venía mucha gente de Puigcerdà a comprar sus quesos, pero después de la guerra la venta había disminuido. Cuando estaba acabando de limpiar los estantes y las queseras oyó un grito que provenía de la cocina.

—¡Sol! ¡Tienes que ir a llevar la leche, que dentro de poco llegará el carro de La Seu! ¡Date prisa! —gritó su madre.

La cocina olía a pan, debía estar acabando de cocerse en el horno de piedra. Le gustaba ese aroma, era de las pocas cosas que no habían cambiado desde que su padre había abandonado aquel caserón viejo del que se sentía orgullosa por ser uno de los mayores del pueblo. Se acercó a la enorme chimenea donde hervía la escudella desde hacía horas; en ese tiempo en que ya empezaba a hacer frío allí se estaba bien. La madre vestía de negro, su uniforme oficial desde que el padre de Sol se había marchado, y estaba acabando de despellajar a un conejo.

—Las lecheras están en los establos —dijo la mujer sin levantar la vista—. Y coge los zuecos, que esta noche ha nevado.

—Sol... —dijo Ton desde un rincón de la cocina. Su hermano mayor se estaba balanceando en la mecedora mientras trabajaba la madera de unas raquetas de nieve.

—¿Sí? —respondió ella desde el umbral de la puerta.

—Los de La Seu sí que nos pagan la leche... Recuérdalo cuando le llesves embutidos o quesos a Tomàs, a la borda donde cuida el ganado, que ya sé que lo haces a escondidas. Que te lo pague todo y, si no te lo quiere pagar, le dices que las vacas y los cerdos comen todos los días y que ni los quesos ni el *bull* blanco se hacen solos —rezongó.

Plantó la punta del pie en la pared y el balanceo se detuvo en seco.

—Y si no pagamos el préstamo de los cojones, nos echarán de casa, que ahora quienes tienen los cuartos son los falangistas y en esta mierda de pueblo cada vez hay más. Ya quedan pocos que no hayan cambiado de bando...

—¡Quieres hacer el favor de no decir eso! —exclamó la madre, que había dejado el conejo—. Si te oyeran, Ton...

—¿Qué pasa? ¿No podemos llamar a las cosas por su nombre? Somos unos apestados porque padre era republicano. Punto —dijo con voz agria.

—Ton, por favor... —intervino Sol para apaciguar los ánimos—. Ya sabes cómo están las cosas en Bescaran y cómo se las gastan los carabineros. Si alguien te oye hablar así, puedes acabar muy mal...

El chico tiró al suelo las raquetas.

—¡No os preocupéis, que no me oiréis más!

Se levantó de la mecedora y salió de casa en dirección al huerto que había más abajo, a orillas del río.

—Algún día tendrá que dejar de estar tan enfadado con el mundo. —Suspiró la madre—. Venga, ve, ve, no llegues tarde que esperan la leche.

Sol salió con un peso en el estómago hacia los esta-

blos, pero antes cogió un poco de queso de oveja de la despensa, lo envolvió con un pañuelo y se lo guardó en el bolsillo de la falda. Por mucho que Ton quisiera cobrarle a Tomàs de Cal Blasi ella no pensaba reclamarle nada. Al pobre chico se le había muerto la madre y se había quedado solo después de que su padre se marchara a la guerra y no volviera. «Lo mataron en la batalla del Ebro», contaba siempre Tomàs entre el orgullo y la rabia contenida.

Cuando entró en los establos, el olor de estiércol y el vapor caliente que salía la sacaron de aquel ensimismamiento. En el gallinero que había al fondo el gallo no paraba de cantar, como si se hubiera dado cuenta demasiado tarde de que ya había amanecido. Su hermano Salvador, que había nacido entre Ton y ella, estaba poniendo paja a las vacas mientras canturreaba una canción y no se dio cuenta de que Sol había entrado.

—La reina quiere corona, corona le daremos, que venga a Barcelona y el cuello le cortaremos...

—¡Shhh! ¡No cantes eso, Salvador! —le advirtió.

—¿Tan mal lo hago?

El chico dejó la horca y se puso a ordeñar una vaca que emitía una nube de vapor con cada soplo.

—¿Ya te has acabado el cigarrillo?

Sol se sonrojó.

—¿Y tú cómo...?

—¿Crees que no sé qué haces tantas horas encerrada en tu habitación? —dijo Salvador—. Todo el día suspirando por ser una actriz de tetas grandes... —Se rio mientras hacía un gesto obsceno con la mano como si se tocara unos pechos imaginarios.

—¡Idiota! Va, ayúdame a llenar las lecheras. —A pesar de querer parecer enfadada, a la chica se le escapaba la risa; no podía evitarlo casi nunca con Sal-

vador, aunque siempre buscarse fastidiarla. La vaca soltó un mugido y espantó a unas cuantas moscas con el rabo.

—Aunque no seas una de esas mujeres de tetas grandes, a Josep creo que siempre le has gustado —dijo él con apatía mientras iba vertiendo la leche del cubo en las lecheras—. Si no pusieras siempre esa cara de vinagre, quizá se atrevería a dirigirte la palabra.

—No me interesa nada de lo que pueda decirme.

—¿Lo ves? ¡Parece que te hayas tragado un sapo! Ríete un poco, mujer. Cuando te ríes no eres fea del todo.

Sol le dio un golpe en el brazo a modo de queja.

—¡Quieres callarte, pesado! Josep dejó de hablar-me hace tiempo.

Y volviendo la mirada hacia los tejados del pueblo añadió:

—De hecho, todo el mundo nos dejó de hablar desde que se marchó padre.

—Bueno, bueno..., no es para tanto. Tú también podrías hacer un esfuerzo, ¿eh?, que estás todo el día encerrada allí arriba con tu Garbo. —El chico ya había acabado de echar toda la leche y rebuscó en su bolsillo.

Le dio un pintalabios.

—Va, ten, para que animes esa cara de perro rabioso. Es de Andorra.

A Sol se le iluminaron los ojos.

—Vaya, ya veo que he acertado... Solo tienes que darme las gracias y decirme que soy el mejor hermano del mundo y que harás lo que sea por mí.

—¡Burro! —dijo ella, contenta.

—Así me gusta, que te rías... No como esos dos, que están siempre de funeral —se quejó el chico señalando la casa con la cabeza. Acomodó en el hombro de

su hermana el yugo de lechera, una barra de madera ligeramente curvada que se adaptaba a la nuca—. Madre tiene la excusa de que padre ha tenido que irse, pero, ostras, debemos superarlo, ¿no?, que tampoco se ha muerto y podemos ir a verlo de vez en cuando.

Salvador levantó el dedo e, imitando la voz de su hermano Ton, añadió:

—Estamos cargados de deudas; pero, mientras espero que vengan los maquis y hagan caer a Franco, prefiero tumbarme a la bartola y no dar golpe...

Los dos rieron.

—Supongo que le cuesta aceptar que ahora todo es diferente, él estaba muy unido a padre —aventuró Sol.

—Ayer me volvió a decir que quiere irse a la Colonia Vidal.

—¿Otra vez? Creía que ya se le había pasado esa fijación.

—Un nido de comunistas, como decía madre.

Desde pequeño, Ton tenía ese lugar idealizado. Sol recordaba como si fuese ahora que su padre siempre hablaba con orgullo de esa colonia textil de Puig-reig donde había nacido. Les contaba que allí había descubierto el socialismo gracias a los libros que le habían dejado sus compañeros de la fábrica y que precisamente aquello le despertó las ganas de cambiar ese mundo tan injusto en el que le había tocado crecer. Los agobiaba haciéndoles leer a autores que promulgaban ideas tan innovadoras que ella apenas entendía, con aquella eterna letanía de fondo: «No olvidéis nunca de dónde venís». Sol todavía no se explicaba cómo había podido casarse con su madre y tener una vida modestamente feliz, pues eran muy diferentes, pero suponía que dejar de ganar un sueldo miserable a

cambio de perder la vida entre telares y poder disponer de campos y ganado fue una razón de peso.

Salvador le puso una lechera en un extremo del acarreo, que la chica aguantaba con los dos brazos en el hombro para equilibrarlo.

—Ya, pero eso no es excusa para no levantar ni un dedo para ganar un duro. Ayer fui a vender una cabeza de ganado a La Seu y después al prado a segar los bordes. Tú limpiaste la cuadra, ordeñaste las vacas... Pero ¿y Ton? Con el pretexto de que es el heredero no da golpe.

—Y tú quizá haces demasiado. Lo del contrabando, Salvador... Un día te pillarán.

—Nunca me atraparán —respondió su hermano con una seguridad en sí mismo que la enterneció.

El chico puso la segunda lechera en el otro extremo del yugo y Sol se lo recolocó bien en los hombros con un par de movimientos diestros.

—Otra cosa... —Salvador se puso serio y dudó un instante antes de continuar. Se quitó la gorra que llevaba y la arrugó con las manos como si quisiera exprimirla. La chica lo miraba curiosa, no era propio de él mostrarse tan inquieto—. Me han dicho que estos días hay mucha gente atravesando las montañas por el collado de Pimés.

—Es normal, todavía hay ganado allí arriba y los vaqueros lo llevan a pacer antes de que lleguen las nevadas.

—No... no hablo de campesinos. Me refiero a gente que no es de aquí. Extranjeros. Si ves a alguien extraño, no te pares...

—¡Vaya, vaya, quién lo habría dicho! —respondió ella con sorna—. ¿Ahora te preocupas de tu hermana?

—Vamos, lárgate de aquí.

Salvador simuló que le daba una patada en el trasero y Sol se marchó con una sonrisa en los labios.

Dejó las dos lecheras en la caseta de la leche, en la bajada del molino, justo cuando ya aparecía por la última curva de la carretera el carro que debía llevarla a La Seu. También dejó el yugo de lechera, que ya recogería más tarde, y se dirigió hacia la montaña para llevarle el queso a Tomàs. Para llegar no tenía más remedio que atravesar el pueblo, y siempre lo hacía muy rápido para no tener que cruzarse con nadie. Esta vez no tuvo suerte. Cuando ya estaba en la plaza de la iglesia, vio de lejos a Josep acompañado por su padre. El chico, además de hacer de cartero, en verano iba hasta la cima del Port Negre con el mulo, llenaba las alforjas de nieve bien prensada envuelta con sacos y la bajaba a La Seu para venderla en un bar. Más de una vez ella lo había acompañado, pero de eso hacía ya mucho. Pensó que quizá ahora sería diferente, que, como decía la madre, «el tiempo pone las cosas en su sitio», pero no. El padre de Josep, al verla, hizo una señal a su hijo y ambos cambiaron de dirección para no encontrársela de cara, y a ella se le apretó un poco más el nudo que siempre llevaba en la garganta. Salió del pueblo consciente de que algunos vecinos la observaban a través de las ventanas. Casi podía oír aquellos susurros odiosos, despotricando de su padre, de aquella familia de rojos... Pasó junto a la torre antigua, un campanario altísimo que decían que tenía siglos, pero que había quedado fuera del pueblo, ya nadie recordaba por qué. Cuando ascendía por el camino de Arànsér distinguió dos figuras sentadas en un muro de piedra seca un poco más arriba que, cuando la vieron, dejaron de charlar y se levantaron.

—¡Mierda! —dijo la chica.

No podía esquivarlos, así que apretó el paso y clavó la mirada en el suelo.

—¿Dónde vas con tanta prisa, niña? —preguntó Dolors, la mujer del carabinero. Su marido estaba a su lado con ese bigotito odioso que escondía unos dientes amarillos por el tabaco. Vestía con el tricornio y el uniforme oficial, que siempre se veía algo sucio.

—¡Parece que hayas visto al diablo! —dijo él con esa voz estridente que pretendía ser amable—. Acércate, guapa.

Sol continuó sin levantar la cabeza.

—¡Que te pares te digo! —gritó de repente el carabinero.

La chica se detuvo en seco.

—Ya te he dicho mil veces que es una maleducada, José —dijo Dolors—. La han criado como a una comunista, que no tienen respeto por la autoridad ni por nadie.

Entonces la mujer se le acercó. Iba vestida de negro y lucía un collar que pretendía ser elegante. Siempre con los labios apretados, como si quisiera esconder un secreto muy grande, se le marcaban mil arruguitas alrededor de la boca.

—¿Qué llevas en el bolsillo? Ah, no, no, no me lo digas. Déjame adivinarlo —dijo lanzando una mirada cómplice a su marido—. Será comida para el otro muerto de hambre que tenemos en el pueblo... Tomàs, el hijo del rojo de Cal Blasi, seguro. Ya lo dicen: Dios los cría y ellos se juntan.

—Va, mujer, no seas tan dura con ella... —dijo el hombre incorporándose—. Precisamente de eso quería hablarte, guapa. Si pasáis por problemas económicos, solo tenéis que decírmelo. Ya se lo he repetido mil veces a tu madre, pero es tozuda, me cago en diez.

Vuestra casa, Cal Pasqual, es cara de mantener, he oído rumores de que habéis tenido que pedir un préstamo en La Seu. —El tipo se quedó callado unos segundos antes de continuar—: Yo podría pagar un buen precio...

—Gracias, pero no está en venta —espetó Sol.

—Uy, a ver si bajamos esos humos, ¿eh? —exclamó Dolors—. Yo de ti sería algo más modestita, que te recuerdo que tienes un padre que ha huido para no tener que ajustar cuentas con la justicia, que los de la FAI mataron al capitán de carabineros. ¿O crees que todo está olvidado?

—Mi padre no era de la FAI, era de la UGT, y nunca ha matado a ningún carabinero ni a nadie —respondió Sol apretando los dientes.

—¿Y qué diferencia hay entre unos y otros si se puede saber? —preguntó el carabinero con una mirada cargada de rencor—. Todos son un hatajo de asesinos. Yo mismo vi cómo los rojos enterraban vivo al pobre marido de la Paca de La Seu. ¿Y cuál era su crimen? Pues ser dueño de un colmado. ¿Y al Armero? ¡A ese por ser de derechas lo arrastraron con un burro por todo el pueblo hasta matarlo!

Mientras escuchaba a su marido, a Dolors le iban subiendo los colores.

—Habéis perdido la guerra, a ver si se te cae la venda de los ojos, guapa. Sois unos muertos de hambre y unos ladrones. —Dolors salpicaba saliva con cada palabra—. Que si a la gente les da pena es porque no saben la historia de vuestra familia, pero a mí me la contó mi padre, así que no me enredáis. —Había ido levantando la voz y ahora ya gritaba—. Vuestro abuelo emborrachó al mío, que era un buen hombre, y cuando iba tan bebido que no se enteraba de nada le

compró las tierras a precio de ganga. Por eso tendrá que ajustar cuentas con nuestro señor, ¡ya lo creo! Y el día que pillen a tu padre y lo lleven a la cárcel... ¡ay, ese día! ¡Dios sabe que entonces nos suplicaréis para que os compremos Cal Pasqual porque no tendréis ni un duro para pagar abogados!

Entonces a Sol le vino un no-sé-qué de dentro que le hizo levantar la cabeza y con la mirada nublada por la rabia y una voz más serena de lo que hubiera pensado añadió:

—¡Vosotros seríais los últimos a quienes venderíamos la casa de mis abuelos, sanguijuelas!

Y sin esperar respuesta reanudó la marcha hacia la montaña. Oyó cómo ambos, riéndose, gritaban detrás de ella:

—¡En el pueblo no sois nadie! ¡Largaos de una vez!